

MacIntyre, A. (2017). *Ética en los conflictos de la modernidad*. Madrid: Rialp, 526 pp.

El filósofo Alasdair MacIntyre vuelve a las andadas, a las suyas para ser exactos. Se nos presenta con un nuevo libro marca de la casa MacIntyre. A los que ya han leído algunos de sus textos, o incluso todos, acaso no les sorprenderá lo que ahora voy a decir. MacIntyre sigue al pie de la letra uno de los consejos socráticos, concretamente aquel que va referido a estudiantes, de ahora y de siempre, y sugiere que éstos sean como tábanos a lomos de un noble, pero perezoso caballo. MacIntyre, quien demuestra que nunca ha dejado de comportarse como un estudiante, aun siendo un eminente profesor, agujereja la realidad, la molesta y la incordia. A nuestro autor no se le escapa lo que muchos parecen haber olvidado, a saber, que un profesor nunca deja de ser un estudiante. Además, y volviendo al hilo de la cuestión, MacIntyre se planta de tal manera ante lo que ve y siente, que despista. Sí, a MacIntyre no se le ve venir de lejos por mucho que uno conozca de qué pie calza. Para entendernos, digamos que para atrapar el pensamiento de MacIntyre no basta con conocer su manifiesta tendencia aristotélica o las contrariedades que identifica en la propuesta rawlsiana. Su pensamiento no tan evidente como pudiera parecerlo y su literatura no es precisamente fácil. Sus páginas, no todas, pero sí muchas, requieren ser releídas para sacarles todo su jugo; a veces incluso, para saber de qué está hablando y si eso de lo que habla es lo que uno estaba esperando leer. En fin, como en *Tras la Virtud* o

en *Tres versiones rivales de la ética*, por nombrar solo un par de sus libros más conocidos y citados, en este libro, *Ética en los conflictos de la modernidad*, MacIntyre vuelve a las andadas, escribe pensando y para que pensemos en lo que escribe.

Dicho esto, MacIntyre no es uno de esos filósofos que se tele transportan a un pasado y desde allí miran con desdén lo de ahora, tampoco se alza como una suerte de adivino que dice ver el futuro y sabe advertir sobre lo que le espera al presente. Ni lo uno ni lo otro, quizá es demasiado inteligente para caer en eso, acaso es demasiado prudente para entrar en esos terrenos. MacIntyre es de nuestra época, ha vivido nuestros cambios, conoce nuestras circunstancias, no es ajeno a nada nuestro porque también es suyo. MacIntyre es tan actual como nosotros, ahora bien, puede incluirse en ese curioso grupo de pensadores que Antoine Compagnon llama *los antimodernos* (2007). MacIntyre vive en nuestra realidad, pero no se deja atrapar por ella, digamos que, como los antimodernos, es un moderno que vive en libertad, sin dejarse atrapar por la modernidad.

De este libro es interesante casi todo, por no decir todo. Y lo suyo sería que yo fuera diciendo lo que puede encontrar en cada capítulo. Si me permite, eso creo que es mejor que lo haga el lector. Ciertamente, me encuentro más cómodo apuntando algunos aspectos redundantes del libro que creo interesantes, puntos que de una manera o de otra se repiten en el desarrollo del libro. Me parece que una de las preguntas radicales de este texto es: ¿cómo aprendemos a distinguir

lo que es bueno de lo que se considera bueno? (p. 98). De algo así ya habló en *Tras la Virtud*, por un lado, de conocer el fin apropiado de cada práctica, y por otro lado, de llegar a ser un agente ejemplar de cada práctica. Pues bien, me resulta muy interesante como MacIntyre hace una crítica a buscar esta doble finalidad desde fuera. Digamos que lo tiene claro, no hay un conjunto de reglas que vengan del más allá y puedan hacer por nosotros la búsqueda de esa doble finalidad. Abro paréntesis. Esto me recuerda al discurso psicopedagógico universitario que espera que las soluciones, o la buena universidad si se prefiere, lleguen desde los despachos políticos o las organizaciones empresariales. Cierro paréntesis.

A partir de aquí, es interesante ver cómo MacIntyre nos presenta su inquietud por saber a qué prácticas vale la pena reservar un lugar preferente y a cuáles no. (p. 101), o si se prefiere, pone encima de la mesa qué fines y qué excelencias vale la pena perseguir. Para MacIntyre, como para el resto de los llamados comunitaristas, no estamos solos casi nunca, ni tan siquiera cuando nos ensimismamos que diría Don José Ortega y Gasset. Sí, eso es así, pero cuando estamos solos y en último término, ¿cómo decidimos sobre esa pregunta? Es lógico pensar que dependerá de la edad, el entorno, la familia, la profesión, sí, pero como decíamos antes, MacIntyre sorprende, y señala que, sobre todo, depende de los bienes centrales que están por encima de todo eso.

Ahora bien, asumiendo esa casi obligatoriedad a crecer en comunidad, por mucho que algunos se nieguen a aceptarlo, nuestro autor se pregunta, ¿cómo sería mejor que una persona

viviera en tanto que ser humano antes que como miembro de una familia, de un grupo de amigos, de un vecindario o de una universidad? MacIntyre lo tiene meridianamente claro: alcanzando «los fines de la actividad racional», y eso es algo que abarca todas las edades, condiciones y actividades en las que pueda involucrarse un agente racional. A poco que se conozca a nuestro autor, es fácil intuir que no se está hablando de la obtención de placer, poder y honor. Es más, para MacIntyre, los fines de la actividad racional no es nada que pueda ser ordenado por importancia. Esos fines son el autoconocimiento, perfeccionar la vida, etc., y lo más importante, ocupan un lugar debido para que el agente se dirija hacia el bien final. Ese bien es ciertamente importante, para MacIntyre es algo que se resiste a la calificación, y lo más sobresaliente, es algo que se relaciona con el resto de bienes como la medida con lo que es medido.

MacIntyre, sobra decirlo, no habla por hablar. Es un profesor muy leído, no por conocido y citado, sino porque él mismo ha leído una barbaridad, y dicho sea de paso, ha sabido quedarse con lo mejor. Al hilo de esto que se está diciendo, es interesante leer el prólogo del libro. Allí MacIntyre manifiesta que nadie de los que se podrían haber querido verse citados se moleste. Si no aparecen en la bibliografía de referencia es porque no han aportado lo suficiente al autor del libro. Alguna vez deberíamos reflexionar sobre esa práctica académica popular en la que todos se citan en todo y para todo. Dicho esto, MacIntyre es profundamente conocedor de las versiones más influyentes del bien

final. Presenta, entre otras, la versión platónica en tanto que aprehensión de la forma del bien, la de Plotino es tanto que unidad con el uno, o la de Santo Tomás en tanto que visión de Dios. Esas versiones, profundas y de calado, le sirven para criticar a lo que él llama el «*happy* postmoderno», ese individuo que está satisfecho sin tener buenas razones para estarlo. Don José Ortega y Gasset lo bautiza como «señorito satisfecho».

Otra idea importante que me parece vale la pena destacar es que ese bien final se alcanza gracias a una deliberación racional y al soporte de lo que podría llamarse una red de informadores. Ahora bien, en esa red y en esa deliberación no se puede estar de cualquier manera. Entre otras cosas, se deben respetar las reglas del juego racional, eso es, uno debe verse y sentirse pensando con otros, debe observar cómo es que se superan los errores que se van cometiendo conforme se van alcanzando los bienes finales comunes, y cómo no, se debe caminar indefectiblemente en pro de ellos. En este sentido, es interesante señalar la crítica que MacIntyre hace a Nietzsche, o mejor dicho, las restricciones que tal filósofo nos plantea. Según MacIntyre, la filosofía nietzscheana nos aparta de los bienes finales. De todas formas, es necesario pensar bien en esta crítica, es necesario conocer la historia de Nietzsche para valorarlo en toda su complejidad. Efectivamente, Nietzsche critica la «esclavitud del espíritu» que organiza y orquesta la Religión, pero ¿no podría haberlo hecho también por la época en la que vivió y la familia protestante en la que creció, es más,

¿no criticaría hoy Nietzsche la economía liberal o el discurso que no nos deja *pensar de otro modo*, tal y como apunta Alejandro Llano en una de sus últimas publicaciones? En cualquier caso, al autor le sorprende que Nietzsche se excluya de las relaciones en y a través de las cuales aprendemos a convertirnos en seres racionales en la práctica, o si se prefiere, le sorprende que Nietzsche se condene a no entender.

Como el lector imaginará, son muchas más las ideas que se pueden rescatar de este libro, muchísimas más. Aquí sólo se han intentado reflejar aquellas que, quizá, puedan abrir el apetito. Sea como sea, estamos ante un libro de lectura más que recomendable para cualquier persona inclinada hacia la filosofía, y más concretamente, interesada en qué está pasando con la ética cuando se nos plantan delante conflictos típicos de nuestros días. Y por supuesto, es un libro de lectura obligatoria para personas que se dedican a la filosofía, especialmente para nuestros jóvenes que están realizando sus primeras investigaciones en diferentes aspectos de las humanidades y las ciencias sociales. Probablemente, acabe pasando que este libro pase por alto salvo para cuatro gatos, y sin embargo, esos cuatro gatos podrán disfrutar y crecer.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Compagnon, A. (2007). *Los antimodernos*. Barcelona: Acatilado.

Francisco Esteban Bara  
*Universidad de Barcelona*